

## Una composición de Gabriel Bocángel dedicada a san Pedro de Alcántara

En 1637 apareció un libro del poeta Gabriel Bocángel Unzueta <sup>1</sup> titulado *La lira de las musas*, en el que hay una sección titulada «La lira de las musas de luces sacras». En ésta encontramos una composición —«Canción real», leemos— encabezada de la siguiente manera: *Mandó al autor la Religión de nuestro Padre San Francisco describiese la vida del B. Fray Pedro de Alcántara, pintase parte de ella. Refiérense algunas personales del Santo*. Es decir, los frailes franciscanos encargaron a uno de los poetas más finos —y menos conocidos actualmente— que compusiera un poema en honor del entonces beato extremeño —no olvidemos que la canonización no llegará hasta 1669—. Don Gabriel acepta y escribe una larga canción de 189 versos. Una canción muy del momento, es decir, muy barroca. Y muy barroca porque la figura áspera del asceta franciscano se prestaba a un acercamiento así. De hecho, un escultor también barroco, el granadino Pedro de Mena, también se fijó en el santo penitente y nos dejó una impresionante talla.

Ante esta petición de los franciscanos se nos ocurren tres preguntas:

- ¿Por qué los frailes franciscanos se deciden a pedir a un poeta que componga un poema en honor del beato Pedro de Alcántara?
- ¿Por qué eligen a Gabriel Bocángel?
- ¿Por qué éste acepta?

<sup>1</sup> Gabriel Bocángel (1603-1658) fue uno de los poetas más elegantes del siglo XVII español. Desgraciadamente, poco conocido.

A la primera, creemos que los frailes deseaban promocionar, como diríamos ahora, al beato extremeño. Una promoción artística, atractiva, distinta de la que promovían mediante la predicación o cualquier otro tipo de exposición. No olvidemos que en nuestro Siglo de Oro la poesía tiene un papel más destacado de cara al público que el que pueda tener hoy día, salvo en momentos y situaciones muy concretos.

Eligen a Bocángel porque se trata de un escritor conocido y apreciado, sin ser uno de los «monstruos». De hecho, don Gabriel ya había publicado *Rimas y prosas* en 1627 y *Retrato panegírico* en 1633.

¿Por qué nuestro poeta aceptó el encargo? Creemos que debido a su carácter bondadoso y a su piedad. No se nos ocurre otra explicación, ya que una composición de este tipo no iba a proporcionarle fama ni dinero. De hecho, la recogió en su libro *La lira de las musas*, pues sólo incluida en un libro podía dejar de ser una simple hoja volandera y adquirir un carácter más sólido.

\* \* \*

No iremos comentando estancia por estancia, naturalmente. Este escrito desea tan sólo ser una aportación al V centenario del santo desde el terreno literario y para ello nos limitaremos a presentar este bello poema y a anotar las observaciones que nos parezcan convenientes para un mejor conocimiento y una más provechosa aproximación a él.

Dejemos ya las cuestiones externas y pasemos a revisar el poema, que es lo que nos interesa aquí y ahora.

Bocángel dedica a la persona y a algunos aspectos del santo doce estancias de dieciséis versos todas ellas, menos la última, que cuenta con trece. En ellas articula su visión del santo franciscano en cinco partes, que se distribuyen de la siguiente manera:

- I. (1-3). Introducción y localización.
- II. (4-5). Físico del santo.
- III. (6-9). Aspecto y costumbres: pobreza, penitencia y oración.
- IV. (10-11). Milagros.
- V. (12). Final.

Digamos, de entrada, que ésta es una de las composiciones más culteranas del autor. La sola figura y vida, tan ascéticas y, por tanto,

duras, del fraile franciscano eran motivo más que suficiente para que un escritor barroco captara las posibilidades expresivas de su particular visión de la realidad.

De momento, hay que detenerse en la segunda estancia, pues nos parece un pequeño jarro de agua fría desde un punto de vista geográfico y localista. En efecto, el paisaje en el que se sitúa al penitente es un paisaje que podríamos llamar de cartón-piedra. Es un paisaje inventado, imaginado, irreal. La *espelunca breve* (gruta, cueva) está en un lugar en el que

(...) *Pedro presidía*

*a fieras, peces, aves,*

*ya en montes a quien ciñen altos pinos (...)*

Evidentemente, este escenario no coincide con el Palancar, lugar que Bocángel no pudo haber visitado, leído lo anterior. Las composiciones tanto literarias como pictóricas no se ajustaban necesariamente a la realidad. De ahí tantos lugares comunes y anacronismos. En este caso, el poeta nos presenta un lugar ideal... para camping más que para el ejercicio de una dura penitencia, si se nos permite decirlo así.

Veamos ahora lo concerniente al cuerpo del santo. Bocángel aprovecha perfectamente los rasgos que pudieron ser propios de un penitente tan austero como fray Pedro. ¿Conocía el poeta aquellas páginas del capítulo 27 de la *Vida* de santa Teresa de Jesús, en que nos habla de su conocimiento del fraile franciscano, ya muy mayor? La santa escribe: «(...) *y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles*». Lo ignoramos. De todas maneras, este detalle carece de importancia. La descripción de un verdadero asceta, como era san Pedro, debe coincidir en el aspecto general, si no de modo exacto, sí en ciertos detalles. En todo caso, Bocángel resalta lo que le parece debió de ser lo más expresivo y así organiza el retrato de acuerdo con el siguiente esquema:

- Apreciación global: gran estatura.
- Cabeza: ojos, cabellos, rostro.
- Cuerpo: delgadez.
- Resumen: rostro como reflejo de las virtudes.

El rostro, que antes se ha definido como no bello, es un rostro ascético en el que todos los rasgos muestran al penitente desinteresado de la belleza corporal, ajeno a ella; es más, ignorante de ella. En general,

podemos adelantar que Bocángel tiende barrocamemente a afear el exterior del santo para así mostrar mejor la otra cara —la interior— del personaje, que es donde anida la verdadera hermosura. El contraste colabora al fin perseguido: el ennoblecimiento de la virtud. El mundo de las apariencias, pues, engaña una vez más. La acumulación de elementos sombríos que hace en la descripción del cuerpo contrasta con la luz interior de la santidad del personaje y ofrece así un consumado cuadro barroco. Veámoslo más despacio:

- Ojos: *cárcel profunda*.
- *No confusión inmunda / de cabellos sufrió* (cabeza rapada).
- *Que en lisa piel su trémula cabeza / dibujó su pureza, / y en rostro flaco y en cerviz rugosa / se vio la primer vez flaqueza hermosa*.

Casi no puede ofrecerse una imagen más plástica de un severo rostro de asceta. Pues bien, a todo esto se le opone la pureza y la hermosura del alma. El doble plano y el contraste que anunciábamos se hacen así más patentes.

Lo mismo, pero de forma aún más desgarrada, sucede con el cuerpo, al que estremecedoramente llama *la monda arquitectura de la vida*. Es casi una radiografía sombría y esquemática la que presenta del cuerpo, para oponerlo y contrastarlo a continuación con la bondad y belleza de su espíritu (véanse los versos 65-80).

\* \* \*

La que hemos llamado tercera parte glosa las virtudes del santo a partir de su pobreza, sobriedad, penitencia y piedad.

La pobreza se desprende de su humildísima vestimenta: *tosco y breve sayal fue su vestido*.

La sobriedad y el espíritu de penitencia los vemos a través del desapego de lo placentero, de la parvedad de su comida y de la renuncia a cualquier halago sensorial (versos 103-112).

La piedad la encontramos materializada en su amor a la Eucaristía y en su progresiva unión con Dios.

Tras esta descripción, pasa a contar tres milagros de san Pedro. Recoge los tres milagros más conocidos del protagonista: el de las aguas

del Guadiana, el de la nieve y el del fuego. Tres momentos que representaban un campo abonado para la presencia de adornos metafóricos e incluso hiperbólicos. El prodigio siempre es hiperbólico. Y un poeta barroco, como don Gabriel, no iba a desaprovecharlo. Veamos aquí sólo una pequeña muestra:

*Cuando erizado a golfos Guadiana  
presumiendo de mar, se vio furioso  
borrar la antigua ley de su ribera,  
de Pedro fue la planta soberana  
tridente fiel al piélago espumoso.*

\* \* \*

Termina este poema con una exaltación final de la grandeza del santo en la que diversos elementos —«Pedro pisa altares»; «Golfos de luz por Pedro»; «Arenas puras de oro»— cierran con broche grandilocuente y artificioso la composición.

Y aquí surge una duda: el artificio de que hace gala el autor con tanta profusión, ¿se debe al propio asunto, como sugeríamos más arriba, o es más bien consecuencia del encargo recibido? Es decir, Bocángel compone la canción por encargo de los franciscanos. ¿La llenó de adornos para agradar a sus clientes? Es posible que el poeta, consciente de lo que esperaban los religiosos, se esmerara en ofrecerles un repertorio de galas que sabía serían de su agrado. En todo caso, fuera cual fuese la causa, lo segundo no excluye lo primero y es evidente que el estilo de esta composición, tan al gusto del momento, no repugna al motivo central de la misma, sino todo lo contrario.

\* \* \*

Y para terminar, vamos a copiar la composición que hemos presentado. Nuestra intención era precisamente ofrecer a los lectores la canción que un poeta dedicó al santo alcantarino para que conozcan algo, probablemente, desconocido por muchos. Lo demás, tan sólo unas pocas palabras de introducción. Anticipemos que la primera estancia es una simple invocación que el poeta hace al santo pidiéndole inspiración a él, en lugar de pedirla a las musas, como era costumbre. El asunto, propiamente dicho, comienza en la segunda estrofa, verso 17.

Mandó al autor la Religión de nuestro Padre San Francisco describiere la vida del B. Fray Pedro de Alcántara, pintase parte de ella. Refiérense algunas personales del Santo.

CANCIÓN REAL

No las que coronáis las frentes bellas  
del árbol que siguió Febo humanada  
y Júpiter respeta embravecido,  
humanas musas me asistid; aquellas,  
aquellas sí, virtudes del sagrado 5  
trasunto de su padre, el escogido  
de Dios. antes que fuese al alto nido,  
a quien volvió tan bello,  
como el ligustro<sup>2</sup> cándido que deja  
el inocente cuello 10  
en aras toscas de villana reja,  
sin que en último agravio prime queja  
intime al prado que el estrago admira.  
Inspira, oh tú, mi lira,  
heroico Pedro. Templaré entre tanto 15  
con tu llanto feliz mi infeliz canto.

En sitio donde yace abril eterno,  
donde todos los meses son abrilés,  
verde aplauso del sol, pompa del día,  
habitación también del duro invierno 20  
que ostenta melancólicos perfiles  
en espelunca<sup>3</sup> breve, en cueva fría,  
palacio donde Pedro presidía  
a fieras, peces, aves,  
ya en montes a quien ciñen altos pinos 25  
de tan verde espesura, mas tan graves  
que al sol niegan auríferos caminos,  
ya en órganos corrientes cristalinos

2 Ligustro: alheña, arbusto de unos dos metros de alto, ramoso y dotado de pequeñas flores blancas olorosas.

3 Espelunca: gruta, cueva.

donde métrica plata  
de Dios en alabanzas se desata; 30  
pues donde Pedro Santo está presente,  
sabe sentir de Dios lo que no siente.

Seráfico pincel, divina pluma  
solicitan su forma esclarecida.  
Aun de la presunción huye la idea 35  
de tan alto volar, aun no es la espuma  
capaz venganza, ni al osar medida  
(tanto riesgo mis alas señora).  
Mas, ¿cuál copia mortal no saldrá fea,  
Pedro, si le hace agravio 40  
igual, cuando traslada un imposible  
el rudo como el sabio?  
¿Quién mide un cielo en ámbito falible  
o puede comprender lo incomprendible?  
Bien que el temor será culpado extremo 45  
si agravio tu poder en cuanto temo,  
así, aunque ofensa es mucha  
el reducirte a números, escucha.

Fue la proceridad<sup>4</sup> de su estatura  
alta con proporción, que a tan gran alma 50  
un alcázar de miembros fue decente.  
Hizo el rostro desdén a la hermosura,  
que, enemigo de sí, llevó la palma  
del propio amor que anida en lo aparente.  
Los ojos retirados de la frente 55  
tuvo en cárcel profunda,  
que es gran arte enfrenar los enemigos.  
No confusión inmunda  
de cabellos sufrió, que son testigos  
de vanidad y de blandura amigos; 60  
que en lisa piel su trémula cabeza  
dibujó su pureza,  
y en rostro flaco y en cerviz rugosa  
se vio la primer vez flaqueza hermosa.

4 Proceridad: eminencia, elevación.

*La monda arquitectura de la vida,  
la estatua en que la muerte nos transforma  
era casi su talle macilento,  
que aun tuvo en sí la carne aborrecida.  
Los nervios penitentes de su forma  
sobre sus huesos fueron instrumento  
tan al concierto del vivir atento  
que jamás disonaron.  
Siendo austero compás la penitencia,  
en su rostro nevaron  
candideces a igual circunferencia  
—ésta fueron sus canas— la inocencia,  
la pureza, intención, piedad y celo,  
que, como era del cielo,  
le puso Dios en cándido distrito  
el sello para sí y el sobrescrito<sup>5</sup>.*

*Tosco y breve sayal fue su vestido;  
vestido no, que en desnudez austera  
a decencias no más se vio cubierto.  
Ni porque a bocas ciento, roto, herido,  
nuevas defensas el sayal pidiera  
las concedió, porque mirando abierto  
su corazón a Dios y descubierto,  
al exterior ornato  
negó lo que a su pecho le negaba.  
Al sueño siempre ingrato,  
descansos en desvelos transformaba,  
ninguno o momentáneo le hospedaba;  
fuerza en él, no elección del ser humano,  
sueño, pero no vano.  
Pues a no estar en Dios su fantasía,  
jamás durmiera, porque en Dios vivía.*

*Profesó, pues, tan próspera pobreza  
que sólo poseía la esperanza  
(aunque con Dios no hay esperanza sola).*

<sup>5</sup> Sobrescrito: lo que se escribía en el exterior de un pliego para dar a conocer la dirección. Sobre.

*¡Ob cuántas veces de mortal riqueza  
(caduca adulación) halló venganza  
con desprecio que el ánimo acrisola!  
Y como suele rápida la ola  
que su ribera azota  
retroceder herida de la peña,  
con humilde escarmiento, bien que rota,  
tratable al marinero y balagüena,  
si Pedro alguna vez miraba seña  
en sí de afecto deleitable humano,  
con rigurosa mano  
la quebrantaba, y la borrasca y pena  
traducía a quietud y a paz serena.*

*Tanto llegó a tasarse el alimento  
que pareció su humanidad fingida.  
Su carne se quejó como olvidada,  
recibiendo el levísimo sustento  
de frágiles espigas, porque anida  
en ellas Dios con alta unión sagrada.  
Y aun, si no fuera el pan forma imitada  
de aquella blanca forma  
en que a Dios repetía sacrificios  
(dando en ellos angélicos indicios,  
pues en la acción absorto se transforma),  
aun el pan se negara,  
sustentado a invisibles beneficios;  
y aun la porción de su alimento rara  
pudo tener celosa al alma atenta  
cuando el cuerpo de espíritu alimenta.*

*Mas, al tiempo que Pedro, atento y fino,  
bizo de su humildad divisa y gala,  
no supo Dios deber la recompensa,  
banquete de sí mismo le previno,  
siendo otro Pedro dulce maestresala,  
que a tanto imitador tanto dispensa.  
Pedro, excedido de la lumbre inmensa,  
teme creer lo que mira,  
y teme, no creyendo, ser ingrato.  
Suda, pues, y suspira,*

de dos contrarios tímido el recato.  
Crece de Dios el beneficio y trato  
que, en su santa humildad aposentado,  
deja a Pedro endiosado,  
creyendo Pedro que, si Dios le vive,  
da Dios a Dios el culto que recibe.

140

Cuando, erizado a golfos, Guadiana,  
presumiendo de mar, se vio furioso  
borrar la antigua ley de su ribera,  
de Pedro fue la planta soberana  
tridente fiel al piélagos espumoso,  
el manto vela y Cristo la ribera.  
Pasmado, pero intrépido, venera  
el compañero atento  
el gran prodigio, y sus estampas sigue  
incapaz al portento.

145

150

¡Ea, campeón de Dios, sulca<sup>6</sup> y prosigue!  
Con excesos de amor amor te obligue;  
callen del otro Pedro los favores,  
pues en ti son mayores,  
que entonces Dios su ley acreditaba,  
más contigo su amor cuando te honraba.

155

160

¿Qué mucho que, uniformes y obedientes,  
los elementos todos se dediquen  
(cuando furiosos más) a tu respeto,  
y que de nieve rígidos penitentes  
copos a ser tu hospicio se compliquen,  
mientras tratable el cielo y más perfeto  
a tu viaje da felice efeto?

165

¿Qué mucho que aquel monte  
que ardió con tal tristeza de tus hijos,  
Etna de su horizonte,  
enfrenase los vómitos prolijos,  
cambiando, al verte, en mansos regocijos  
las ondas de la llama?

170

<sup>6</sup> Sulcar: ant. Surcar.

¿Qué mucho que tu carne no padezca,  
aun difunta. si en ti la gente ha visto  
difunto un hombre cuando vivo un Cristo?

175

Canción detente, y esta ofrenda pía  
depón, adonde Pedro pisa altares,  
en urna que es de España fiel tesoro;  
que España goza a emulación del día  
golfos de luz por Pedro, en quietos mares,  
porque yace en arenas puras de oro;  
esto en el suelo, que en empíreo<sup>7</sup> coro,  
por arenas, estrellas  
besan sus pies, porque sus pies besando  
se acreditan de bellas.  
Di, canción, a sus hijos que gozando  
se están en su memoria,  
que su memoria es índice de gloria.

180

185

Que sirvan estas páginas para que se conozca alguna cosita más de nuestro santo; que se conozca, de momento, el nombre del poeta que lo cantó. Y que, por último, sea éste mi pequeño homenaje al gran fraile alcantarino.

JUAN CASTELL QUILES

<sup>7</sup> Empíreo: celestial, divino.